

Benedicto XV, un papa entre dos mundos

Federico M. REQUENA

*La Guerra Mundial es justamente llamada así no porque la
haya hecho el mundo entero, sino porque a consecuencia
de ella todos hemos perdido un mundo.*

Joseph Roth (1894-1939)

El 3 de septiembre de 1914, el cardenal Giacomo della Chiesa, arzobispo de Bolonia, fue elegido sucesor de Pío X en la cátedra de Pedro. El nuevo Papa tomó el nombre de Benedicto XV¹.

Al día siguiente de la elección, 4 de septiembre de 1914, Francia, Inglaterra y Rusia firmaban un tratado por el que se comprometían a no acordar una paz, por separado, con Alemania. De este modo, quedaba consolidado el núcleo inicial de los Aliados que, ya desde los primeros días del mes de agosto, combatían contra los Imperios Centrales: Alemania y Austria-Hungría. Europa vivía los comienzos de la Primera Guerra Mundial.

Conducir la Iglesia en un mundo envuelto en la peor guerra que se había conocido hasta el momento era la tarea que esperaba al nuevo pontífice. Los

1. Della Chiesa eligió el nombre de Benedicto XV en recuerdo del cardenal Lambertini, que dos siglos antes había sido también obispo de Bolonia y fue papa con el nombre de Benedicto XIV. La bibliografía sobre Benedicto XV no es excesivamente abundante. Señalo a continuación algunas publicaciones monográficas: VISTALLI, F., *Benedetto XV*, Roma 1928; DALLA TORRE, G., *Benedetto XV*, en «Enciclopedia Cattolica», Città del Vaticano 1949, vol. II, col. 1285-1294; ROSSINI G. (ed.), *Benedetto XV, i cattolici e la prima guerra mondiale*, Roma 1963; DE ROSA, G., *Benedetto XV*, en «Dizionario Biografico degli Italiani», Roma 1966, vol. VIII, pp. 408-417; BRYAN D., *Benedict XV, Pope*, en «The Modern Catholic Encyclopedia», Washington 1967, pp. 279-280; RUMI, G., *Benedetto XV e la pace-1918*, Brescia 1990; JANKOWIAK, F., *Benoît XV*, en «Dictionnaire historique de la Papauté», Fayard 1994, pp. 219-224; MONDIN, B., *Benedetto XV*, «Dizionario Enciclopedico dei Papi», Roma 1995, pp. 494-499.

que fueron testigos de los momentos inmediatamente posteriores a su elección coinciden en reconocer la serenidad con que Della Chiesa recibió la decisión del Colegio cardenalicio. Muchos interpretaron esta actitud como un signo de gran coraje, para otros fue una manifestación de presunción². ¿Cómo era Benedicto XV?

1. *Benedicto XV, el mundo y la Iglesia*

Giacomo della Chiesa había nacido sesenta años antes en Génova, en el seno de una familia ilustre³. En su juventud recibió una amplia formación jurídica y diplomática. Discípulo del que llegaría a ser el cardenal Rampolla, pronto se convirtió en una de las figuras más conocidas del Vaticano. En el retrato moral que realizaron sus contemporáneos, destacan su gran sensibilidad jurídica e histórica, su madurez de juicio y finura diplomática y su capacidad de decisión, que contrastaba con un aspecto físico más bien débil. A estas cualidades humanas hay que añadir una breve, pero fecunda, experiencia pastoral como arzobispo de Bolonia, y su gran piedad personal⁴. Junto a estos rasgos de la personalidad de Giacomo della Chiesa, su neutralidad en la política internacional y su

2. JANKOWIAK, F., *Benoît XV*, en «Dictionnaire historique de la Papauté», Fayard 1994, pp. 219.

3. Giacomo Paolo Battista della Chiesa nació en Pegli (Génova) el 21 de noviembre de 1854. En Génova realizó sus primeros estudios y, también en esta ciudad, obtuvo la Licenciatura en Derecho (1875). Ingresó como seminarista en el colegio Capránica de Roma y estudió Teología en la Universidad Gregoriana. En Roma, y bajo la influencia de un tío suyo capuchino, asumió la presidencia de la asociación local de Acción Católica. El 21 de diciembre de 1878, fue ordenado sacerdote. Continuó estudiando, durante cuatro años más, diplomacia y derecho internacional en la Academia de los Nobles. En 1880 obtuvo un Doctorado en Derecho Canónico y ocupó una cátedra de diplomática en la misma Academia. Durante esta época, comenzó a trabajar en la Congregación de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios. Allí conocería al monseñor Rampolla del Tíndaro que ejercería un influencia grande sobre él. Cuando Rampolla fue nombrado nuncio de Madrid (1883), Della Chiesa le acompañó como secretario personal. En 1887 Rampolla fue nombrado Secretario de Estado, entonces Della Chiesa empezó a trabajar como *minutante* en la Secretaría de Estado. Entre 1898 y 1890 cumplió una misión especial en la nunciatura de Viena. En 1901 Della Chiesa pasó a ser sustituto de la Secretaría de Estado. La dedicación a los trabajos en la curia romana los compatibilizaba con el ministerio sacerdotal desarrollado en la iglesia romana de San Eustaquio. En 1907 Pío X le nombró arzobispo de Bolonia. Allí desarrolló un intensa labor pastoral. El 25 de marzo de 1914 Pío X lo elevó a la dignidad cardenalicia. Fue elegido papa el 3 de septiembre de 1914. Murió el 22 de enero de 1922.

4. «Miembro de la Asociación de sacerdotes, cuando le tocaba su turno llegaba a la Iglesia después de su jornada de trabajo en la Secretaría de Estado. Hacía durante varias horas su oración celebraba la misa poco después de la media noche, y después de un brevísimo reposo volvía a su trabajo» (EHRLE, F., *Von Pius X zu Benedickt XV*, cit por DE ROSA, G., *Benedetto XV*, en «Dizionario Biografico degli Italiani», Roma 1966, vol. VIII, p. 409).

moderación en la polémica antimodernista fueron condiciones que también influyeron en la elección⁵.

Con este bagaje personal, Benedicto XV iniciaba su pontificado. Un pontificado considerado como una divisoria de aguas entre dos mundos separados por el conflicto mundial⁶. ¿Cómo eran el mundo y la Iglesia que encontró Benedicto XV al llegar a la sede de Pedro?

Benedicto XV tenía ante sí una Europa en guerra. Un occidente que tenía en el liberalismo y en el positivismo sus bases culturales y veía en el avance científico y técnico el camino de un progreso constante e irreversible. Estas bases culturales habían fundado unas relaciones inestables. El equilibrio internacional basado en el positivista *balance of powers* de Bismark fue derivando hacia la Paz Armada. Un equilibrio frágil que se vio alterado por el crecimiento industrial y sus consecuencias: masificación de la sociedad, difusión de las ideologías socialistas, crecimiento de la conflictividad social y del colonialismo económico y estratégico. Un mundo en el que el nacionalismo tomaba cuerpo rápidamente. El resultado fue la conflagración que se estaba viviendo.

Por lo que respecta a la Iglesia, podríamos decir de modo muy sintético que Benedicto XV se encontró con una Iglesia que se recuperaba de los embates sufridos a lo largo del pontificado anterior, desde dos frentes. Desde el exterior: los ataques del anticlericalismo social y político, especialmente en Francia; y desde el mismo interior de la Iglesia: la crisis modernista. Benedicto XV encontró una Iglesia que buscaba el modo de responder a los desafíos de la sociedad moderna desde una situación histórica relativamente nueva: la originada por la pérdida del poder temporal y la progresiva desacralización de la sociedad. Encontró, finalmente, una Iglesia que comenzaba a ser universal también desde el punto de vista geográfico.

2. Diagnóstico y terapia: la encíclica «*Ad beatissimi*»

A los dos meses de su elección, Benedicto XV se dirigía a la Iglesia y al mundo mediante la encíclica *Ad beatissimi apostolorum principis* (1 de noviembre de 1914). En esta carta, el Papa, partiendo de los hechos dramáticos que sa-

5. MONTICONE, A., *Il pontificato di Benedetto XV*, en *Storia de la Chiesa*, vol. XXII/1, Guerriero, E. (dir), Milano 1990, p. 156.

6. ZAMBARBIERI, A., *La chiesa e la società industriale (1878-1922)*, en *Storia de la Chiesa*, vol. XXII/1, Guerriero E. (dir), Milano 1990, p. 13.

cuían a Europa: «espectáculo el más atroz y luctuoso quizá que ha registrado la historia de todos los tiempos»⁷, hacía un diagnóstico sobre las causas de los males presentes y ofrecía soluciones.

El origen de los males presentes, explicaba Benedicto XV, hay que buscarlo en el abandono de las normas y prácticas de la cristiana sabiduría, que se traduce en la falta de amor entre los hombres, en el desprecio de la autoridad y en la injusticia en las relaciones entre las clases sociales. La causa última de este abandono estaba en la absolutización de los bienes materiales. En la Encíclica encontramos, también, críticas al racismo, al nacionalismo y sobre todo al socialismo⁸. En el diagnóstico que realizaba el Papa, así como en las soluciones que proponía podemos ver la perspectiva neotomista que había caracterizado el pensamiento de la mayor parte de los pontífices contemporáneos: la raíz del mal había que encontrarla en la desobediencia a la ley de la caridad, desobediencia que comportaba el desorden y la desunión⁹.

Una vez trazado el diagnóstico de la situación, Benedicto XV esbozaba el camino que conduciría a la solución de los graves problemas que aquejaban a la humanidad: insuflar valores sobrenaturales que contrarrestasen el materialismo y lograsen que imperase la ley de la caridad. «Finalmente, escribía el Papa, dedicarse con todo empeño y esfuerzo a que renazcan en los hombres la fe en las verdades sobrenaturales, y así mismo, el aprecio, el deseo y la esperanza de los bienes eternos, debe ser vuestro principal empeño, venerables Hermanos, así como también el del clero y el de todos los nuestros, que, unidos en varias asociaciones procuran promover la gloria de Dios y el verdadero bien común. Porque a medida que esta fe crezca entre los hombres, decrecerá en ellos el afán inmoderado de alcanzar los fingidos bienes de la tierra, y renaciendo la caridad, gradualmente cesarán las luchas y las contiendas sociales»¹⁰. Esta es la misión que la Iglesia está llamada a realizar en todo el mundo: «rebaño verdaderamente innumerable, como que por una ó por otra razón, abraza á todos los hombres»¹¹. Pero, para poder llevar a cabo esta misión, la Iglesia debe conseguir la unidad. Expansión y unidad. Desde esta doble perspectiva, pues, habrá que valorar el pontificado de Benedicto XV. Pero dejemos que sea su misma actuación la que nos permita hacerlo.

7. Cfr. AAS, 1914, pp. 616 y 618.

8. Cfr. AAS, 1914, p. 615.

9. MAYEUR, J-M., *Les papes et la paix de Leon XIII à Pie XI*, en «2000 ans de christianisme», París 1976, vol. IX, p. 137.

10. AAS, 1914, p. 623.

11. AAS, 1914, p. 615.

3. *Buscando la paz desde la neutralidad*

Desde el primer momento, Benedicto XV se propuso como objetivos prioritarios lograr el fin de la guerra y evitar sus secuelas: «y mientras de una y otra parte formidables ejércitos pelean furiosamente, las naciones, las familias, los individuos sufren los dolores y miserias que, como triste cortejo, siguen a la guerra»¹².

Estos intentos de pacificación se llevaron a cabo desde la más absoluta neutralidad. El nuevo pontífice tenía el convencimiento de que no sería útil ni conveniente implicar a la autoridad pontificia en juzgar las razones de unos y otros. Los católicos combatían en ambas partes y Benedicto XV buscaba evitar que aumentara la división entre ellos. Esta actitud ha permitido ver en el pontificado de Benedicto XV el inicio de una nueva etapa en las relaciones entre la Iglesia y el mundo moderno¹³. Una nueva etapa que fue posible gracias a que Benedicto XV, sin ceder a las reclamaciones que eran de justicia, desdramatizó el hecho de la pérdida del poder temporal por parte de la Iglesia¹⁴.

Neutralidad, sin embargo, no significó pasividad. Benedicto XV puso en juego toda su habilidad diplomática para salvaguardar la independencia de la Iglesia y evitar la entrada de nuevos países en la guerra. Así, por ejemplo, conocemos los fracasados intentos, llevados a cabo a comienzos de 1915, para mantener la neutralidad de Italia, fomentando un acuerdo italo-austriaco sobre la base de compensaciones territoriales. Con esta actuación se pretendía evitar a Italia los desastres inherentes a la guerra y también la revolución socialista que, previsiblemente, hubiera seguido a la derrota, con el consiguiente replanteamiento de la Cuestión romana¹⁵.

Consecuente con el principio de neutralidad, el pontífice se dedicó no tanto a protestar por las violaciones del derecho internacional vigente sino a insistir en que se aplicaran las reglas universales y naturales que la guerra violaba. Los llamamientos a la paz del romano pontífice, dirigidas a las naciones combatientes, se sucedieron ininterrumpidamente desde 1914 a 1917: 8 de septiembre y 6 de diciembre de 1914; 25 de mayo, 28 de julio y 6 de diciembre de 1915; 4 de marzo y 30 de julio 1916; 10 de enero y 5 de mayo de 1917. El 7 de febrero de 1915 declaró la Jornada Universal de Oración por la Paz para las diócesis de Europa y el 21 de febrero para las diócesis fuera de Europa.

12. AAS, 1914, p. 616.

13. MAYEUR, J.-M., *o.c.*, p. 137.

14. MONTICONE, A., *o.c.*, pp.197-200.

15. *Ibid.*, pp. 168-69 y MONTICONE, A., *Benedetto XV e la Germania*, en RUMI, G. (ed.), *Benedetto XV e la pace-1918*, Brescia 1990, p. 11.

Pero la actuación más destacada en esta línea fue la carta que envió a los jefes de Estado de las potencias en conflicto el 1 de agosto de 1917. En ella, Benedicto XV desciende a propuestas concretas y prácticas para llegar a una paz inmediata. Benedicto XV, en efecto, creyó ver en ese momento algunas circunstancias que propiciarían el intento. Habían transcurrido más de dos años desde el comienzo de la guerra. La desmoralización cundía entre las tropas que en ocasiones se negaban a luchar y se amotinaban. Internacionalmente existía una cierta voluntad de llegar a un acuerdo. Así parecían ponerlo de relieve, al menos, dos iniciativas diplomáticas llevadas a cabo al terminar el año 1916: la nota de los Imperios Centrales a la Triple Alianza, del 12 de diciembre, y la invitación del presidente Wilson a las naciones en guerra, del 18 de diciembre, para que se buscará cuanto antes una solución al conflicto.

El acuerdo preveía la reducción progresiva y recíproca del armamento; la institución de un arbitraje internacional que sustituyera a los ejércitos para llegar a un acuerdo; sanciones para los Estados que no respetasen los acuerdos; libertad y común circulación por los mares; condonación recíproca de las deudas de guerra; Alemania debía abandonar Bélgica y devolver los territorios que había ocupado a Francia; a cambio, Alemania recuperaría sus posesiones coloniales; el resto de cuestiones territoriales deberían encontrar su solución teniendo en cuenta las aspiraciones de los pueblos. La propuesta se había elaborado a partir de los contactos entre la Secretaría de Estado, concretamente Eugenio Pacelli, con los Imperios Centrales por mediación de los nuncios en Viena y en Munich.

La respuesta que Benedicto XV obtuvo a su proposición le llenó de sorpresa y desolación. El documento, que debía haber sido secreto, se filtró a la prensa británica y rápidamente fue reproducido en los diarios de todos los países en conflicto. Inmediatamente se desataron violentas reacciones, sobre todo en Francia e Italia. Ciertamente, se trataba, como se ha puesto de relieve, de una invitación a la conciliación sin dar plena satisfacción a Francia y a Italia¹⁶, pero las acusaciones vinieron de los dos bandos.

Los Aliados interpretaron la propuesta del papa como un intento de salvar a las potencias centrales. Por su parte, los Imperios Centrales acusaban al pontífice de escuchar sólo a los representantes diplomáticos de los países Aliados, los únicos que permanecían en Roma desde la entrada de Italia en la guerra. El gobierno alemán, prácticamente dominado por los militares, se negó a realizar ninguna declaración sobre la independencia de Bélgica, lo que podría haber abierto una puerta a las negociaciones. Los jefes de Estado de Inglaterra, Francia e Italia no se dignaron responder. Los demás dieron respuestas evasivas. Clemenceu

16. MAYEUR, J-M., *o.c.*, p. 138.

llamaría a Benedicto XV el *papa boche* mientras que para Ludendorff Benedicto XV era el *papa francés*¹⁷.

¿Por qué este recibimiento a una propuesta de paz que, en el fondo, recogía la idea, ya defendida por el presidente norteamericano Wilson, de buscar una paz sin victoria?¹⁸. Ciertamente, hay que contar con la existencia de la clausula secreta del pacto de Londres (1915) que impedía a la Santa Sede participar en el proceso de paz¹⁹. La publicidad de la nota papal, tampoco ayudó a que se consolidara de la propuesta. Pero, parece que la causa principal del fracaso habría que buscarla en la falta de voluntad de los contendientes para llegar a un acuerdo que terminara rápidamente con el conflicto. En el momento en que Benedicto XV hizo su propuesta, tanto los Aliados, que contaban desde el 6 de abril con el apoyo de Estados Unidos, como Alemania, que prácticamente se había librado del frente Ruso a causa de la Revolución, parecían tener la posibilidad de aplastar a sus adversarios y esa era la única solución que les interesaba alcanzar. El Papa, con sus llamadas a la paz y con la condena de la *masacre inútil*, términos con los que calificaba la guerra, ponía en crisis todo el aparato de propaganda bélica de ambos bloques²⁰.

Benedicto XV encontró oposición a sus propuestas entre los no católicos, pero también entre los católicos. Las posiciones de estos últimos se repartieron entre el rechazo, la inhibición, la consideración distante y la interpretación libre del pensamiento del pontífice²¹. Recordemos, por ejemplo, el célebre sermón en Notre Dame de París en el que el dominico Sertillanges se declaraba incapaz de aceptar la paz propuesta por el papa.

Ciertamente la neutralidad de Benedicto XV fue muy mal interpretada por ambos bandos y le salió muy cara²². Podemos pensar que el papa pasó a ser una pieza más en la guerra total²³. Pero, con perspectiva histórica, se ha reconocido como el mérito más grande de este papa el haber sabido pilotar la nave de la

17. Ibid., p. 139 y JANKOWIAK, F., *o.c.*, p. 221.

18. DELLA ROCCA, M., *Guerre mondiale (Première)*, en «Dictionnaire historique de la Papauté», París 1994, p. 778.

19. La clausula, que el gobierno italiano impuso para entrar en la guerra junto a los Aliados, dice así: «Francia, Gran Bretaña y Rusia se comprometen a apoyar a Italia para que no se permita a los representantes de la Santa Sede ningún tipo de acción diplomática referente a la conclusión de la paz y a la solución de las cuestiones relacionadas con la guerra» (FLICHE-MARTIN, *Historia de la Iglesia*, Valencia 1979, vol. XXVI, p.130).

20. MONTICONE, A., *o.c.*, p. 186.

21. Cfr. MAYEUR, J-M., *o.c.*, p. 139.

22. DELLA ROCCA, M., *o.c.*, p. 776.

23. FLICHE-MARTIN, *o.c.*, p. 174.

Iglesia entre los escollos de la primera guerra mundial y haber conseguido salvaguardar la neutralidad de la santa Sede²⁴.

4. *Para evitar el cortejo de la guerra*

Ante el fracaso rotundo de todas las iniciativas de paz, y especialmente tras el efecto negativo que tuvo la nota de 1917, Benedicto XV no intentó más el camino de la pacificación. A partir de este año, se centró en promover con más intensidad la actividad asistencial en favor de las poblaciones afectadas por la guerra. Actividad que ya había comenzado desde los inicios del conflicto. Organizó en el Vaticano una verdadera agencia de información sobre prisioneros de guerra. Envió delegados a los campos de concentración y estableció en Suiza una misión permanente para interceder a favor de los detenidos civiles o militares. Colaboró en la búsqueda de desaparecidos. Promovió intercambios de prisioneros. Transportó a países neutrales soldados enfermos o heridos. Los datos nos hablan del volumen de esta ayuda: 170.000 peticiones de información atendidas, 40.000 repatriados, 50.000 comunicaciones a los familiares, 30.000 prisioneros intercambiados, 82 millones de liras-oro se invirtieron en estas actividades, etc. Especial atención se prestó a las minorías desprotegidas: armenios, maronitas, cristianos de Siria, prófugos rusos y a las poblaciones más castigadas: Bélgica, Polonia y Montenegro.

Esta labor asistencial se llevó a cabo sin distinción de credo, raza o nacionalidad. Se ha visto en ella la expresión de un nuevo orden de justicia internacional. Una de las primeras manifestaciones, junto con la labor llevada a cabo por la Cruz Roja, de solidaridad internacional²⁵.

5. *En favor de una paz que no fue posible*

El 11 de noviembre de 1918 terminó la Guerra. Los Aliados habían vencido a los Imperios Centrales y diez millones de personas habían perdido la vida. De enero a junio de 1919 se extiende la Conferencia de Paz de París que dió origen al tratado de Versalles. El resultado de Versalles fue un nuevo mapa de Europa. Un nuevo orden mundial se configuró entre tensiones y dificultades que afectaban a todas las Naciones pero muy especialmente a las que han perdido la guerra: problemas económicos, epidemias, tensiones sociales, nuevos Estados

24. JEDIN, H., *Manual de Historia de la Iglesia*, Barcelona 1984, vol. IX, p. 54.

25. MONTICONE, A., *o.c.*, p. 178.

que iniciaban su andadura. Aparecieron modelos mesiánicos de paraísos políticos, se extendió el culto a la fuerza en los estados totalitarios, se fortalecieron los nacionalismos. La Primera Guerra Mundial puso de manifiesto la falsedad del darwinismo social, tan en boga en las décadas precedentes: todos, también los más fuertes, habían perdido. «Crisis» era la palabra de la post-guerra. Emblemática, en este sentido, es la conocida sentencia de Paul Valery: nosotras las civilizaciones ahora sabemos que somos mortales. Continuó el progreso científico y técnico pero el optimismo pre-bélico había desaparecido en buena parte. Para muchos lo único definitivo sería el arte y la estética. Se constituyó la Sociedad de Naciones pero ya nació hipotecada y mutilada: Estados Unidos, la nueva potencia mundial, se mantenía a margen.

Benedicto XV, que había dejado oír su voz en los campos de batalla, también intentó alzar su voz en aquel momento crucial para el futuro de Europa y del mundo. Su situación, como ya vimos, no era fácil pues la Santa Sede había sido explícitamente excluida de la participación en el diseño del nuevo mundo.

Nuevamente la voz del papa fue ignorada por los poderes públicos. La paz de Versalles contenía los gérmenes de un nuevo conflicto. Con la carta *Pacem Dei Munus* (23 de mayo de 1920) se dirigió nuevamente a todos los responsables del orden mundial para que, una vez firmada la paz, se empeñasen en hacerla sólida. Señala el peligro que supondría para una paz duradera, el revanchismo, la exaltación de los ánimos y el nacionalismo exacerbado. Dirige una especial llamada a la responsabilidad de la prensa. Como una contribución concreta en el empeño de pacificar los ánimos, Benedicto XV, decidió revocar la prohibición, que pesaba sobre los jefes de estado católicos, de visitar en Roma al Rey de Italia²⁶. No parece descabellado pensar que el fracaso de los intentos de pacificación justa que proponía el papa impidieron evitar el fascismo, el nazismo y, en definitiva, la Segunda Guerra Mundial²⁷.

6. *Para asegurar la misión de la Iglesia*

Nada se pudo hacer para conseguir una paz más justa, pero Benedicto XV buscó los modos de hacerse presente en el foro internacional de París para asegurar la misión de la Iglesia. El modo de hacerlo fue a través de Bonaventura Cerretti. Cerretti había acudido al Congreso de las Naciones como representante personal de Papa para velar por los intereses de las misiones alemanas que podí-

26. Cfr. AAS, 1920, pp. 209-218.

27. FLICHE-MARTIN, *o.c.*, p. 345.

an verse perjudicadas por los tratados. De este modo, la Santa Sede entraba implícitamente en el tratado de Versalles como la soberana autoridad religiosos internacional²⁸.

La actividad diplomática llevada a cabo por el representante pontificio fue intensa y los frutos patentes. Quizá lo más relevante fuera la recuperación de relaciones diplomáticas con Francia en 1921 y los pasos dados hacia la solución de la Cuestión romana, pero no fueron los únicos. Se aprovechó el desmembramiento del Imperio austriaco para establecer relaciones con los nuevos Estados, quedando a salvo el derecho a nombrar obispos. Se reanudaron relaciones diplomáticas con Holanda, Polonia, los Estados bálticos, Irlanda y Suiza. En total, el numero de concordatos a lo largo el pontificado de Benedicto XV pasó de 14 a 26. No hay que olvidar tampoco el papel tan importante que jugó, a la hora de restablecer estas relaciones diplomáticas, la actuación responsable y generosa de los católicos durante el conflicto; particularmente decisivo fue en el caso francés, y la misma actividad humanitaria impulsada por Benedicto XV. Estos datos se deben tener presentes a la hora de valorar una actividad diplomática que, por sus fracasos en la tarea de lograr la paz, se ha podido minusvalorar²⁹. En esta línea se ha llegado a afirmar que desde 1914 las grandes potencias comenzaron a considerar al papa como un interlocutor más importante que el soberano de los antiguos Estados Pontificios³⁰.

Por lo que se refiera a la Cuestión romana habría que apuntar que la postguerra supuso un período de aproximación entre la Santa Sede y el Gobierno italiano. Desde la primera encíclica, la Cuestión romana se había abordado en tono suave y conciliador. Esta actitud conciliadora inicial se vio confirmada por sucesivas actuaciones pontificias: la abolición del *non expedit*, que impedía la participación de los católicos en la política italiana, con la consiguiente aparición del Partido Popolare Italiano, y el ya mencionado levantamiento de la prohibición que pesaba sobre los jefes de estado católicos respecto a sus visitas al Quirinal.

La actitud de aproximación no implicaba cesiones en las justas reivindicaciones de la Iglesia. Precisamente la guerra había puesto, una vez más, de manifiesto la debilidad de la situación en la que el Pacto de Garantías situaba a la Iglesia. Así que se siguió trabajando intensamente en la búsqueda de una solución que garantizara la legítima y necesaria autonomía de la Iglesia. Las conversaciones entre el primer ministro italiano, Orlando, y el representante pontificio,

28. DE ROSA, G., *o.c.*, p. 414.

29. REMOND, R., *Benoit XV*, en «2000 ans de christianisme», París 1976, vol. IX, p. 112.

30. RUMI, G., *Corrispondenza fra Benedetto XV e Carlo I d'Asburgo*, en RUMI, G., (Dir) *Benedetto XV e la pace-1918*, Brescia 1990, p. 21.

Cerretti, aunque no consiguieron terminar con el contencioso, pusieron unas sólidas bases que se pueden considerar el anteproyecto de los Pactos Lateranenses³¹.

De este modo vemos como la generosa actividad de Benedicto XV para contribuir a resolver, desde de la misión propia de la Iglesia, los grandes problemas que aquejaban al mundo y a los hombres de su tiempo, se vio constantemente acompañada por su solicitud hacia el interior de la misma.

7. Mirando al interior de la Iglesia: unidad y expansión

Benedicto XV, en la encíclica *Ad Beatissimi*, hacía una valoración de la situación en la que san Pío X había dejado la Iglesia: «Vemos, en efecto, por obra suya inflamado por doquier el espíritu religioso entre los eclesiásticos; despertada la piedad del pueblo cristiano; promovida en las asociaciones de los católicos la acción y la disciplina; fundadas en unas partes, y multiplicadas en otras, las sedes episcopales; ajustadas la educación de la juventud levítica conforme a la exigencia de los canones, y, en cuanto es necesario, a la condición de estos tiempos; alejados de la enseñanza de las ciencias sagradas los peligros de temerarias innovaciones; el arte musical, obligado a servir dignamente á la majestad de las funciones sagradas; aumentado el decoro de la Liturgia y propagado extensamente el nombre cristiano con nuevas misiones de predicadores evangélicos»³².

Junto a estos aspectos positivos, Benedicto XV, detectaba unos retos importantes que son los que intentará afrontar en su mandato: profundizar en el camino de la unión dentro de la Iglesia, fomentar su expansión e impulsar la unión de los cristianos.

Bajo este prisma se debe valorar, por ejemplo, su actuación frente al modernismo. Benedicto XV, que había vivido la crisis modernista y también los excesos integristas³³ desde la Secretaría de Estado, renovó desde el primer momento las condenas emitidas por su predecesor y mantuvo las normas disciplinarias establecidas por san Pío X: «Así se engendraron los monstruosos errores del Modernismo, que Nuestro Antecesor llamó justamente síntesis de todas las herejías, y condenó solemnemente. Nos venerables hermanos renovamos esta conde-

31. FLICHE-MARTIN, *o.c.*, p. 204.

32. AAS, 1914, p. 624.

33. BRYAN D., *Benedict XV, Pope*, en «The Modern Catholic Encyclopedia», Washington 1967, p. 279.

nación en toda su extensión; y dado que tan pestífero contagio no ha sido aun enteramente atajado, sino que todavía se manifiesta acá y allá, aunque solapadamente, Nos exhortamos a que con sumo cuidado se guarde cada uno de peligro de contraerlo»³⁴.

Al mismo tiempo, se propuso acabar con los excesos antimodernistas y tomó una clara posición en contra del integrismo. Ya en su carta *Ad Beatissimi* recordó que sólo correspondía a la autoridad de la Iglesia velar por la pureza de la fe y que nadie, a título privado, tenía el derecho de erigirse en juez de la ortodoxia. Animaba a mantener una postura de respeto ante la legítima pluralidad de pensamiento entre los católicos, al tiempo que exhortaba a evitar discusiones de las que no se derivaba ninguna utilidad³⁵. En este sentido, es significativo que, durante el pontificado de Benedicto XV, disminuyera sensiblemente el número de procesos contra presuntos modernistas³⁶, o que *Action Francaise* no gozaría de las simpatías de antaño³⁷. En 1921, Benedicto XV, disolvió el *Sodalitium Pium*, organización secreta constituida en Roma al margen de la Jerarquía pero bajo los auspicios de algún sector de ésta, que había combatido el modernismo, pero no siempre había actuado con justicia y acierto. Se ha señalado como uno de los grandes méritos del pontificado de Benedicto XV haber logrado, en gran medida, acabar con el clima de sospecha iniciado con la crisis modernista y de este modo fortalecer su unidad³⁸.

La formación del clero fue otro de los pilares sobre los que Benedicto XV quiso fortalecer la unidad en la Iglesia. Para el papa, como para sus predecesores, sólo en la medida en que el clero tuviera la preparación adecuada, la Iglesia estaría en condiciones de responder a los retos que tenía planteados: «Por lo cual entenderéis que vuestro primer cuidado debe ser fomentar la santidad conveniente á su estado en el clero que ya teneis, y formar dignamente para un oficio tan santo, con la más esmerada educación á los alumnos del Santuario»³⁹. Con el fin de potenciar la formación del clero creó, en 1915, la *Congregación de Seminarios y Universidades*.

34. AAS, 1914, p. 626.

35. AAS, 1914, p. 625.

36. Cfr. JANKOWIAK, F., *o.c.*, p. 223.

37. DE ROSA, G., *o.c.*, p. 416.

38. FLICHE-MARTIN, *o.c.*, p. 56. Un ejemplo de este cambio de clima podríamos verlo reflejado en la actitud que adoptó la Santa Sede ante las denuncias que el diputado integrista Manuel Senante presentó contra el Grupo de la Democracia Cristiana. Hemos podido estudiar este episodio de la historia de nuestro catolicismo social en *La denuncia del Grupo de la Democracia Cristiana ante la Santa Sede*, Tesis de Licenciatura, *pro manuscripto*, Ateneo Romano de la Santa Cruz (Roma 1993).

39. AAS, 1914, p. 627.

Al mismo tiempo, potenció las ciencias eclesiásticas. Se ha hecho notar que la investigación teológica del momento —especialmente los estudios de sagrada Escritura— permanecía algo traumatizada a causa de la crisis modernista⁴⁰. De todos modos, hay que tener en cuenta que los debates modernistas no monopolizaron la producción teológica de la época y que se puede hablar de una cierta renovación de los estudios patrísticos, eclesiológicos, escolásticos y de la teología espiritual-mística⁴¹. En la encíclica *Spíritus Paraclitus*, del 15 de septiembre de 1920, Benedicto XV, manteniendo las posiciones tradicionales, invitaba a estudiar la Biblia con preocupación por descubrir su verdadero sentido⁴².

Junto a la formación del clero, Benedicto XV impulsó el asociacionismo católico. Entendía que era necesario que los católicos incidieran positivamente en el mundo desde el interior mismo de la sociedad. En esta línea podríamos recordar la difusión que llevó a cabo de los principios de la doctrina social enseñados por León XIII, el impulso dado a la puesta en marcha de la Universidad Gemeli de Roma y a la del Sacro Cuore de Milán, y el fomento del asociacionismo católico femenino con la organización, en 1918, de un Congreso Internacional⁴³.

También en el contexto de búsqueda de la unidad en el interior de la Iglesia y de confianza en el imperio de la ley y la justicia, habría que señalar otro de los grandes hitos del pontificado del Benedicto XV: la culminación de los trabajos, iniciados por el Pontífice anterior, para elaborar el *Código de Derecho Canónico*. A pesar de las dificultades propias de la situación bélica y con el aliento constante de Benedicto XV, el cardenal Pietro Gasparri, que había sido nombrado Secretario de Estado casi al comienzo del pontificado, llevó a término la tarea que le había sido encomendada por san Pío X. En el consistorio del 4 de diciembre de 1916 se anunció el final de los trabajos de codificación. Fue promulgado el 20 de mayo de 1917 con la encíclica *Providentissima Mater Ecclesiae* y el 15 de septiembre de ese mismo año, se creó la *Congregación para la Interpretación Auténtica del Código*. De este modo, la Iglesia comenzó a contar con un instrumento unánimemente reconocido y que resultó utilísimo en su época para promover eficazmente un trabajo pastoral que alcanzaba cada vez más desarrollo.⁴⁴

La evangelización, también en su dimensión geográfica, fue otro de los grandes afanes del papa. Hay que recordar que desde finales del s. XIX se ha-

40. JANKOWIAK, F., *o.c.*, p. 223.

41. SARANYANA, J. I. e ILLANES, J. L., *Historia de la Teología*, Madrid 1995, p. 319.

42. Cfr. AAS, 1920, pp. 385-422.

43. MONTICONE, A., *o.c.*, pp. 161-167 y JANKOWIAK, F., *o.c.*, p. 224.

44. Cfr. *Código de derecho canónico 1983. Prefacio*, en AAS, 1983, p. XIX.

bía potenciado la actividad misionera en América y se había extendido por Africa. El mundo se ampliaba, al compás del colonialismo de las potencias europeas que buscaban beneficios económicos, ventajas estratégicas y prestigio. La conferencia de Berlín, en la que se llevó a cabo el reparto de Africa, se había celebrado en 1889 y durante la Guerra Mundial las colonias cobraron gran protagonismo.

En este contexto, la preocupación del santo Padre fue potenciar la actividad misionera desligándola de los intereses ajenos a la misión de la Iglesia. En la primavera y verano de 1919 se establecieron multitud de contactos para impulsar las misiones en Africa y Asia oriental. Ese mismo año, el papa publicó la encíclica *Maximum illud*, considerada la carta magna de las misiones modernas⁴⁵. En ella el santo Padre habla con claridad de la responsabilidad de todos los creyentes en la tarea misionera y de la necesidad de distinguir entre la actividad misionera y el colonialismo. Las indicaciones para los misioneros son muy concretas: respetar las culturas autóctonas; no permanecer como extranjeros en el país en el que se trabaja; evitar cualquier tipo de nacionalismo o connivencia con los poderes políticos coloniales y promover el crecimiento del un clero autóctono, formado al mismo nivel que el clero de los países más desarrollados, del que pudiera salir una jerarquía indígena⁴⁶. Para ayudar a conseguir este último objetivo encargó a *Propaganda Fidei* la creación de seminarios regionales. En Roma, Italia, Suiza y Alemania aparecieron los primeros. Estas orientaciones de largo alcance han permitido a firmar que el pontificado de Benedicto XV marcó la entrada en una nueva época de la actividad misionera en la Iglesia⁴⁷.

Benedicto XV, como sus predecesores, soñó con el retorno de las Iglesias orientales separadas⁴⁸. El 25 de febrero de 1916 extendió a la Iglesia universal la octava de oración por la unidad de los cristianos.

El papa era consciente de que en este largo camino hacia la unidad una de las primeras etapas que se veía necesario recorrer era la aproximación a los católicos orientales. Muestra de esta sensibilidad hacia Oriente fueron dos iniciativas llevadas a cabo en 1917: la creación de una *Congregación Especial para la Iglesia Oriental* y la fundación del *Instituto Oriental*. En el *motu proprio* con el que se creó la *Congregación especial* podemos leer unas palabras que son ilustrativas de la visión eclesiológica que tenía Benedicto XV: «La Iglesia no es latina ni griega, ni eslava sino católica; no hace ninguna diferencia entre sus hijos,

45. FLICHE-MARTIN, *o.c.*, p. 296.

46. Cfr. AAS, 1919, pp. 440-455.

47. JANKOWIAK, F., *o.c.*, p. 223.

48. DE ROSA, G., *o.c.*, p. 416.

sean griegos, latinos o eslavos o de cualquier otro grupo nacional: todos tienen el mismo rango ante la Sede apostólica»⁴⁹. No parece que pueda hablarse aun de acción ecuménica, pues Benedicto XV rechazó el movimiento ecuménico de signo protestante y sólo en los últimos días de su vida se celebraron en Malinas las conferencias entre católicos y anglicanos, pero parece claro que el rápido progreso que se verificó en la cuestión uniata a lo largo del pontificado de Pío XI tiene sus raíces en este⁵⁰.

Podríamos terminar este breve recorrido por el pontificado del papa Della Chiesa refiriéndonos al terreno, quizá el menos estudiado, de la vida religiosa y de la piedad. Ante todo habría que decir que Benedicto XV avanzó por los caminos de renovación abiertos en el pontificado anterior. Para ello puso especial atención en la predicación. En la encíclica *Humani generis Redemptorem*, del 15 de junio 1917, expuso las características que debe tener la predicación cristiana para ser un verdadero instrumento de evangelización: contenido y perspectiva sobrenatural; evitar absolutamente las cuestiones políticas; huir de la búsqueda de efectos formales, animosidad, istrionismos y ambiciones materiales; por último, no temer tratar temas exigentes: humildad, castidad, abnegación, obediencia, perdón y juicio final⁵¹. Impulsó la devoción al Sagrado Corazón como un medio de alcanzar regeneración mundial. En el año 1915, dispuso que el día de los difuntos cada sacerdote pudiera celebrar tres misas. En sus alocuciones, especialmente durante la guerra, aparecen dispersos multitud de motivos místicos. Esta muy presente, por ejemplo, el tema de la expiación de las culpas que favoreció el desarrollo de la espiritualidad victimal siguiendo la tradición espiritual de Margarita María de Alacoque y de santa Teresa del Niño Jesús. La primera de ellas fue canonizada durante su pontificado. También Benedicto XV canonizó a Juana de Arco.

8. *Final y valoración de un pontificado*

Bruscamente asaltado por una gripe, Benedicto XV murió el 22 de enero de 1922. Terminaba así un pontificado que había durado siete años, cuatro meses y veinte días. Un pontificado, relativamente breve, que fue incomprendido por la gran mayoría de los contemporáneos. Se ha intentado explicar esa incompreensión argumentando que Benedicto XV fue un adelantado para su tiempo; otros piensan que fue plenamente un hombre de su tiempo, pero que se enfrentó

49. Cfr. ASS, 1917, p. 530.

50. FLICHE-MARTIN, *o.c.*, p. 304.

51. *Ibid.*, p. 308-9.

Federico M. Requena

como pocos con algunos de los aspectos del mundo que le tocó vivir⁵². Recientemente, Ives-Mary Hilaire lo define como un profeta mal recibido.⁵³ En cualquier caso, lo que parece claro es que es un pontificado que la historiografía va progresivamente rehabilitando⁵⁴.

Hay que valorar lo que significan sus enérgicas llamadas a la paz cuando esta no era un valor para la gran mayoría. La campaña en favor de la paz estaba prácticamente monopolizada por los socialistas y ni siquiera éstos la defendieron hasta el final: los partidos socialistas francés, alemán y austriaco apoyaron a sus respectivos países en el conflicto. La Internacional, diría Kautski, es para los tiempos de paz⁵⁵.

También hay que valorar la defensa que llevó a cabo de la autonomía del magisterio eclesiástico contra las tendencias a instrumentalizarlo y, al mismo tiempo, las iniciativas que puso en marcha para acabar con el conflicto; la ingente tarea humanitaria que llevó a cabo entre todos los hombres, sin distinción de credo, raza o nación; y los intentos de fomentar una paz justa que podía haber evitado catástrofes posteriores.

En el interior de la Iglesia, también fue fecundo este pontificado: pacificación del clima antimodernista, búsqueda de los medios más eficaces para que la Iglesia se adecuara a las exigencias modernas del apostolado en todo el mundo, la abolición del *non expedit*, el encarrilamiento de la Cuestión romana, la apertura diplomática a nuevos países, el fomento del asociacionismo católico, la promulgación del Código de Derecho Canónico y la apertura al Oriente.

Podemos pensar que el camino que llevaría a la renovación del catolicismo durante los pontificados de Pío XI y Pío XII —a los que Benedicto XV elevó al episcopado— lo encontramos nítidamente trazado en el pontificado del Papa della Chiesa.

Federico M. Requena
Instituto de Historia de la Iglesia
Universidad de Navarra
E-31080 Pamplona

52. REDONDO, G., *La Iglesia en el mundo contemporáneo*, Pamplona 1979, vol. II, p. 170.

53. HILAIRE, Y.-M., *Histoire de la papauté*, París 1996, p. 437.

54. REMOND, R., *o.c.*, p. 111.

55. DELLA ROCCA, M., *o.c.*, p. 776.